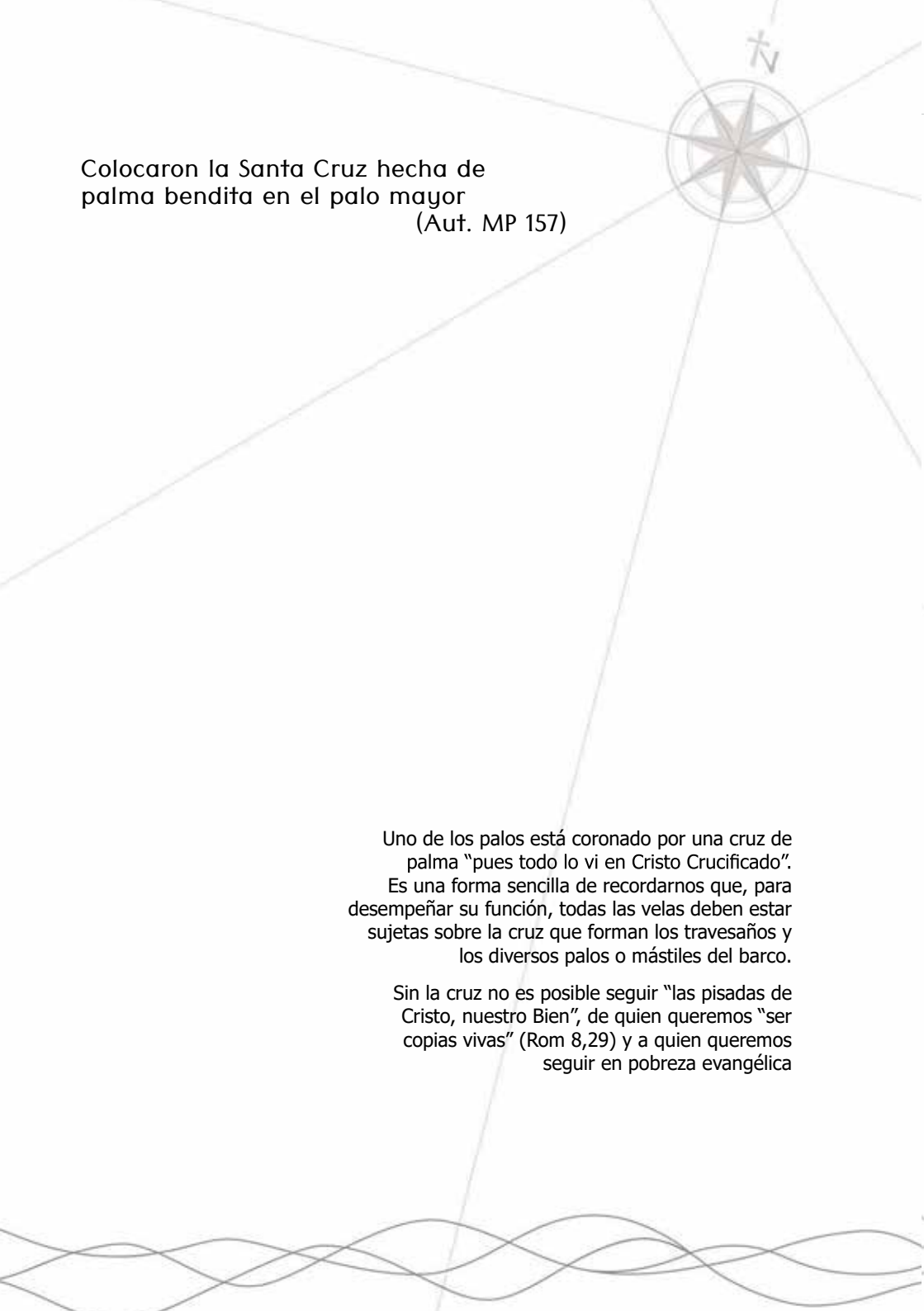


# LA TRAVESÍA



## etapa 3 EL PALO MAYOR

cuaderno 7



Colocaron la Santa Cruz hecha de  
palma bendita en el palo mayor  
(Aut. MP 157)

Uno de los palos está coronado por una cruz de palma "pues todo lo vi en Cristo Crucificado". Es una forma sencilla de recordarnos que, para desempeñar su función, todas las velas deben estar sujetas sobre la cruz que forman los travesaños y los diversos palos o mástiles del barco.

Sin la cruz no es posible seguir "las pisadas de Cristo, nuestro Bien", de quien queremos "ser copias vivas" (Rom 8,29) y a quien queremos seguir en pobreza evangélica

etapa 3

# **EL PALO MAYOR**

---

cuaderno 7



## CUADERNO 7

### EUCARISTIA Y RECONCILIACIÓN

El cuaderno 7 que tienes en tus manos es el segundo de la tercera etapa, etapa que quiere ayudarnos a salir del egocentrismo y entrar en la oblatividad para llegar a ser **“Copias vivas de Jesucristo”** como quería de nosotras M. Fundadora, y pide en su Oración de la Mañana.

Nuestro cuaderno comienza el 21 de octubre y se prolongará hasta el 26 de noviembre de 2016.

Lo iniciamos con el Triduo al P. Claret en el que vamos a tener presente un tema paulino muy querido por él: *“La caridad de Cristo me urge”*, que fue el motivo de su escudo episcopal pero, sobre todo, de su intensa vida apostólica.

Y lo terminaremos el sábado después de la festividad de Cristo Rey del Universo, con el que concluiremos el ciclo litúrgico y comenzaremos el Adviento. La realeza de Jesús no es de este mundo; no se apoya en la fuerza, sino en el servicio, la entrega y la verdad. Jesús ha venido a dar testimonio de la verdad; es más, Él es el Camino, la Verdad y la Vida. Este cuaderno pretende animarnos a irnos configurando con Él.

El elemento motivador de esta etapa es **EL PALO MAYOR**.

*«Por fin se compuso “Rosalía” y salimos a 3 de mayo de este puerto de Lanzarote, donde tantas gracias de Dios recibimos. Colocaron la Santa Cruz hecha de palma bendita en el palo mayor, junto con una medalla de la Milagrosa...» (Aut. MP, 157).*

## **Objetivo del Cuaderno:**

**Renovar la vivencia de la Eucaristía y reconciliación** (XVI Capítulo General, 35c).

## **ORACIÓN A MARÍA INMACULADA**

### **EL PALO MAYOR**

María, eres feliz porque eres creyente.  
Tienes la audacia de mirar alto, de mirar al PALO MAYOR,  
de la nave de tu vida...  
Pones en juego la fortaleza que te da el Espíritu  
para amarrarte a este PALO MAYOR,  
al Dios hecho Hombre en Ti...  
que se abaja hasta nosotros  
para agrandar nuestro horizonte misionero,  
para hacernos ricas con su pobreza.  
Nos estimulas, Madre Inmaculada, a fijar nuestras vidas,  
pequeñas velas, en este PALO MAYOR, Jesús de Nazaret.  
Ayúdanos a entrar con la “llave de la Santa Pobreza” en el  
Corazón de Cristo misionero,  
y a introducir con ella el Evangelio en los corazones hermanos,  
para vivir contigo las Bienaventuranzas de los pobres.

Así sea.



## 1. CONOCER

Para llegar a renovar nuestra vivencia de la Eucaristía y la reconciliación como nos pedía el XVI Capítulo General, tenemos que seguir profundizando en la espiritualidad cristocéntrica de nuestros Fundadores.

### “ Mirarán al que traspasaron

La configuración con Cristo perseguido, humillado, despreciado, traicionado, crucificado, está en la base de la Espiritualidad y del Carisma de Claret y París. Esta configuración brota de la contemplación del Crucificado. Contemplar a Cristo en la cruz es mirar amorosamente al Maestro que se entrega en amor incondicional al Padre por toda la humanidad. Teniendo sus ojos y corazón fijos en Cristo Crucificado, nuestros Fundadores sienten la urgencia de amar como Él. Amar sin medida, entregarse hasta derramar toda su sangre. Quieren estar desposeídos de todo y de todos; quieren entregarse como el Maestro, quieren vivir la vida siendo para-los-demás. Se sienten impulsados a entregarse con mayor dedicación, siempre más y más, con un mayor olvido de sí mismos, esperándolo todo del Padre.

La autodonación en obediencia filial del Hijo al Padre está narrada por los Evangelios Sinópticos: Jesús celebra con los suyos la Cena Pascual, y en ella anticipa su entrega en la cruz. Libremente Jesús toma el pan, luego el vino y en ellos se entrega Él mismo para ser comido y bebido, y les dice a sus discípulos que hagan lo mismo que Él, el Maestro, ha hecho con ellos. Con este gesto Jesús de Nazaret ha anticipado su muerte para la salvación de la humanidad. En el camino de la pasión, en su crucifixión y muerte, Jesús es llevado, apaleado,

insultado, despojado de su dignidad de hombre, padeciendo una muerte ignominiosa por todos. Jesús, en la Última Cena, en los Sinópticos, se presenta como hombre libre que toma en sus manos su vida y la entrega libremente. Los hechos que los evangelistas relatan después presentan a Jesús que ha perdido su libertad exterior... se deja llevar... sus enemigos están activos llevándolo al suplicio. Pero no ha perdido su libertad interna, nadie le quita su vida, Él la entrega libremente.

El rostro del Señor crucificado, del Jesús que sufre la Pasión, que se abandona en las manos de sus perseguidores, es el rostro que el Crucificado muestra a **María Antonia París**.

“ . . . He visto su divino rostro algunas veces, y toda su Sagrada Humanidad, y siempre rompiéndome las entrañas del más vivo dolor, porque nunca le he visto glorioso, sino siempre paciente, padeciendo los más atroces tormentos hasta querer ahogar aquel sagrado corazón en su santísimo pecho

*(Aut. MP, 14)*

En la cátedra de la cruz, Jesús muestra a María Antonia el sentido profundo de la persecución que la Iglesia sufre. No es el Gobierno español de la época el que destruye a la Iglesia persiguiéndola. Es la misma Iglesia, con su infidelidad a su Señor, la que está trayendo sobre sí su destrucción *(cf. Aut. MP, 3. 15-16)*.

Ante Cristo Crucificado desahoga su corazón, a Él le presenta y ruega por las necesidades de la Iglesia. Al ofrecerse ella en satisfacción de tantos males, el Maestro le muestra lo que quiere de ella, que guarde su Santísima Ley, los Consejos Evangélicos, con toda perfección. Ella nos dice que nunca había leído los Evangelios, ni la Sagrada Escritura, y cuando pudo hacerlo, se



dio cuenta de que en ello encontraba lo que el Señor le había mostrado *“Me lo enseñó el Señor desde el árbol de la cruz”* (Aut. MP, 5).

La vida de María Antonia París se desarrolla en medio de grandes sufrimientos físicos y espirituales. No fue comprendida por obispos amigos, por confesores. Se dijo de ella que era una visionaria, que sus experiencias no eran auténticas. Dos de las Hermanas que fueron pilares, junto con ella, en la formación de la *Orden Nueva*, se volvieron contra ella, la calumniaron, la abandonaron. María Antonia se dejó crucificar con el Maestro Crucificado. Vio en todo la mano providencial del Padre, se entregó confiadamente sabiendo que la obra de Dios se llevaría a cabo, no por ella, sino por Aquél que la había llamado a ser instrumento suyo.

El **P. Claret** también tuvo que hacer frente en su vida a la persecución y las calumnias. Fue perseguido, calumniado; llegó al final de su vida desposeído de todo y de todos. Murió como Jesús de Nazaret, en soledad, lleno de confianza inquebrantable en Aquél que había ido acompañando todo su peregrinar, todo su hacer. Juan Manuel Lozano hace este comentario:

(Claret) no moriría mártir, a pesar de haberlo deseado tan ardientemente. Pero moriría abandonado, escondido en la enfermería de un monasterio. Y en ello vio realizados los deseos de toda su vida. Se lo dijo expresamente al P. Marie-Jean, abad de Fontfroide, que intentaba consolarlo en su abandono: *Mais, mon Père, je n'ai nul besoin de consolation, car tout ce que j'ai désiré pendant ma vie ça a été de finir mes jours dans un hôpital ou dans un monastère* (*No tengo necesidad alguna de ser consolado, todo lo que he deseado en mi vida ha sido acabar mis días en un hospital o en un monasterio*)<sup>1</sup>.



El Cristocentrismo de la Espiritualidad de nuestros Fundadores alcanzó su punto álgido en la **Eucaristía**; su recibir a Cristo Jesús en ella, obró en ambos el hacerse ellos mismos Eucaristía, hacerse pan para aquellos que encontraron en su peregrinar a la casa del Padre.

Su amor a la Eucaristía no fue una devoción alimentada con oraciones sentimentales o de alabanzas al Señor presente en el Sagrario, sino que la Eucaristía les llevó a irse haciendo ellos mismos Eucaristía para los demás, sus vidas se eucaristizaron. Como Jesús, ellos tomaron en sus manos el pan de sus vidas, dieron gracias a Dios por los dones recibidos, y partieron el pan de sus vidas. Se hicieron comida para alimentar a otros. Para María Antonia París y el Padre Claret, la devoción a la Eucaristía fue el sello de su identidad y configuración con Cristo, de su ser apóstoles misioneros.

**María Antonia París** relata la *Experiencia* con la que el Señor la agració en el día de su profesión; con ello, nos abre su intimidad al compartir lo que sucedió como gracia especialísima. Es un texto muy lineal en el que M<sup>a</sup> Antonia después de darnos unas indicaciones de tiempo y lugar, señal de que estamos ante un texto importante, narra la experiencia que tiene de Dios y la explica. A continuación nos habla de la gracia de Dios que recibe por su fidelidad en la espera. Es una gracia que tiene que ver con la Eucaristía.

Como efecto de esta intervención amorosa de Dios y de esta promesa, se sintió durante 8 días llena de la presencia de Dios, efecto que experimenta como sensible y que ella llama *conservación de las especies sacramentales*:



“ . . . Y me pagó con tanta gracia el haber esperado por tantos años este sagrado desposorio que quiso Su Majestad celebrarlo por ocho días seguidos conservando las especies sacramentales de una comunión para otra, gracia que me tenía el alma como fuera de mí y parecía que tenía su asiento o morada en el centro del Corazón Sagrado de mi Dios y Señor. Digo en el centro del Corazón de mi Dios, porque no me parecía que estaba Dios en mi corazón, sino que vi cómo toda yo, en cuerpo y alma, estaba metida dentro del Sagrado Corazón de mi Dios y Señor.

(RCX, 9)

Esta experiencia está en relación a la promesa que Jesús le hace de *estar sentado en su corazón como en su trono*, pero la M. París experimenta en esto un hecho incluso contrario. Es M<sup>a</sup> Antonia la que se siente metida en el corazón de Dios. Y no es que sea algo contrario, sino que este es el efecto de sentarse Jesús en medio de ella, que ella se sentirá metida en él. A esto el P. Juberías lo llama “recirculación de la vida Trinitaria”<sup>2</sup>. Dios en ella y ella en Dios.

La M. París llama a este hecho “desposorio” por otros contextos. Es claro que con esta palabra se refiere al hecho de la profesión religiosa, que en este momento está emitiendo (Cf. Aut. MP, 213).

Encontramos en el texto una presencia particular de la Humanidad de Cristo. Experiencia Trinitaria, mutua entrega de amor. Cristo la llama *esposa mía* y expresa su voluntad de *estar en medio de ella en su corazón como en su trono*. Y, como consecuencia, ella se encuentra inmersa en Dios. Hay una donación efectiva de la gracia eucarística, entendida y

---

<sup>2</sup> JUBERÍAS, Francisco, *Por su cuerpo que es la Iglesia*, Madrid, 1973, p. 253.

expresada por la M. París como *conservación de las especies sacramentales*, que es el signo más eficaz de la presencia de Cristo en la Eucaristía. Como esposa, Cristo le confía los intereses de su Iglesia, *el peso de la Reforma de la Iglesia*. Es, en definitiva, su Misión, que irá realizando a través de su vida.

Igualmente, en su *Diario nº 100*, María Antonia París vuelve a referir esta gracia tan especial ocurrida el 23 de febrero de 1868. Era domingo de carnaval.

“ Después de haber comulgado me vino un grandísimo recogimiento con mucha copia de lágrimas por reconocer mi indignidad, y dije a Nuestro Señor: «¡Ay amantísimo Redentor mío, yo la más indigna de todas estas vuestras esposas he tenido la dicha de recibiros y ellas no!» Entonces como que Nuestro Señor me tomara la palabra de la boca me dijo: «Sí, hoy estaré sacramentado todo el día en tu pecho conservando las especies sacramentales en premio de las adoraciones que me has ofrecido, descansando en él con tanto gusto como descansaba en los brazos de mi Madre; tanto me gusta que intercedas por los pobrecitos pecadores».

En aquel mismo momento me sentí en el corazón una sensación nueva nunca oída.

Por obediencia a sus directores, trata de dar una explicación a lo que hasta ahora nunca había experimentado; lo hace con toda sencillez:

“ Los efectos de esta sensación yo no sé cómo explicarlos; porque a mi modo de entender son más para sentir que para expresar: porque lo que pasa entre Dios y el alma la criatura no puede expresar: no obstante para cumplir la obediencia de mis directores



diré con toda sencillez lo que con la divina gracia podré expresar:

Lo primero que sentí en la primera sensación del corazón fue un profundísimo conocimiento de mi indignidad delante de la Majestad de Dios, que desde aquel momento lo miré real y verdaderamente en mi corazón, este profundísimo conocimiento de mi indignidad me avivaba la fe de mi Dios real en mi corazón y esta certidumbre me hizo derramar una lluvia de lágrimas todo el día, de pura confusión mía, sin poder hacer otra cosa que humillarme delante de mi Señor: ¡Y qué mucho si traía la misma humildad en mi corazón !!!!...

La experiencia le duró todo el día. El Señor le *hizo sentir todo el día su presencia corporal de un modo particular*. Pero, María Antonia París sigue atada a las oraciones vocales de adoración que había prometido hacer al Señor. Quiere ser fiel a su promesa de decir una serie de oraciones vocales y no se da cuenta de que tales oraciones están siendo un obstáculo para gozar de la presencia del Señor Eucaristía que está en su corazón. María Antonia no ha acabado de comprender la gracia que le ha sido dada; será el Señor quien vuelva a enseñarle que no es cuestión de decir muchas oraciones hechas, sino de acoger el Misterio, de acoger el don; que las oraciones las podía decir en su celda, no era necesario que fuera al Sagrario, pues, aquel día, el corazón de María Antonia París era *relicario que me traes Sacramentado*, le aclara el Señor.

Algo semejante le pasa a la M. París con la comida. Puesto que su corazón rebosa de la presencia del Señor Eucaristía, piensa que es mejor no comer nada, ya tiene el alimento que da el Pan de Vida. Y de nuevo el Señor le enseña: es mejor la obediencia que cualquier acto de autonegación.

“ A mediodía al ponerme a la mesa exclamé llena de admiración: «¡cómo tomaré, Señor mío, alimento teniendo en mi corazón al Autor de la Vidal!» Entonces díjome mi Señor: «Mi Madre también comió». En esto entendí que Su Majestad quería que tomase algún alimento, y tomé un poco de sopa muy medida, porque mi comida era estar con mi Señor: mas viendo una de mis hermanas que no comía, se levantó de la mesa para ir a buscar alguna cosa más apetitosa, porque yo estaba enferma aquellos días y casi no comía nada, y viendo yo que sería en vano, la hice señas tirando un poquito del hábito por no interrumpir el silencio de la mesa, pero no queriendo ella ceder tiré un poco más, pero con tanta quietud de ánimo que no me inmuté en lo más mínimo, más al momento dejé de sentir aquella dulcísima sensación del corazón.

Ella no sabe explicarlo, pero a la hora de Vísperas el Señor le dijo que siempre estaría en su corazón, aunque esa *dulcedumbre* que había sentido todo el día ya no la sentiría más, pues, había sido una muestra de la *dulcedumbre* que había en su corazón.

Por tres días consecutivos, María Antonia París tiene la presencia Eucarística durante todo el día.

“ Después me duró tres días como que cada día en las comuniones se me renovara la gracia, y no sabía cómo menearme porque me parecía que mi cuerpo todo era una cosa sagrada y otros efectos tan santos que aún ahora me basta recordarlos para apartar las tentaciones.

La experiencia de la Eucaristía en María Antonia París es expresión de su contemplación del misterio de Cristo Crucificado hecho pan y alimento para dar vida. En ella no se trata de quedarse en contemplación-adoración al margen de toda realidad, sino que



es contemplación-alimento para vivir en entrega incondicional al servicio de la Palabra hecha carne, para vivir el Evangelio. Es consciente de que el simple recitar oraciones, sujetarse a ciertas devociones, no es el camino del seguimiento.

La Eucaristía tiene un lugar central en la **espiritualidad del P. Claret**. Es el hombre eucarístico que se pasa en oración horas y horas ante el Señor Resucitado presente en la Eucaristía.

Al reflexionar y contemplar el misterio de la Eucaristía, el P. Claret vio las virtudes que manaban de ella, *“humildad, obediencia, mansedumbre y caridad”* por eso pide al Señor poder imitarle.

*(cf. Aut. PC, 428).*

La misma gracia que le fue dada a María Antonia en dos momentos de su vida, le es dada al P. Claret el 26 de Agosto de 1861, en la Iglesia del Rosario de la Granja (Segovia). El P. Claret nos dice que esta gracia le fue concedida de modo continuo, día y noche, por donación benevolente del Señor a su apóstol.

*(cf. Aut. PC, 694).* Esta “gracia grande” indica la llegada a un estadio místico en su conformación con Cristo, una gracia concedida como coronamiento de una vida eucarística iniciada ya con intensidad desde su infancia. Esta gracia tiene para él fuertes resonancias apostólicas: *“siempre debo estar muy recogido y devoto interiormente, y además debo orar y hacer frente a todos los males de España”*. Y podemos asegurar que le fue concedida por mediación de la Virgen *(cf. Aut PC, 700)*

La fe y el amor a la Eucaristía llevan al P. Claret a pasar el tiempo ante el Santísimo Sacramento en oración. El Señor, presente en la Eucaristía, lo atrae como un imán irresistible, y el P. Claret no opone resistencia alguna.

**La M. París y el P. Claret** fueron dos almas gemelas en muchas

cosas, dos almas a quienes el Señor unió para llevar a cabo la misión eclesial y apostólica.

En ambos Fundadores, descubrimos que la Eucaristía nutre su ser y su hacer. La contemplación del misterio Eucarístico es fuente y alimento para que en sus vidas imiten y sigan el camino de amor incondicional emprendido por Jesús, el Maestro, quien mostró a sus discípulos que Él daba su vida en servicio, que se entregaba hasta la donación total de sí mismo, para mostrar que el amor auténtico no tiene límites.

Cristo Jesús, presente en la Eucaristía, les urge a dar la vida como Él mismo la había dado. Ellos así lo entendieron, y las gracias Eucarísticas que recibieron les fortalecieron en su entrega y en su continuar identificándose con su Señor.

### **Trabajo personal**

- ✍ Subraya de lo que has leído aquello que ilumine más tu vivir diario.
- ✍ ¿Te ayuda la vivencia de nuestros Fundadores sobre el Cristo paciente? ¿Cómo vives tú a Cristo?
- ✍ El Cristocentrismo de nuestros Fundadores les llevó a ambos a hacerse Eucaristía, pan partido y repartido, para aquellos que encontraron en su peregrinar. ¿Has pensado alguna vez qué hace en ti la Eucaristía de cada día?



## 2. AMAR

### Indicadores de egocentrismo

Hay un “virus” social que nos lleva a creernos el centro del universo y a no pensar en los demás. No existe otra realidad que mi yo, que nos hace vivir en un narcisismo e individualismo enfermizo; curvados sobre nosotros mismos y lo demás existe en tanto en cuanto, yo lo necesite o me convenga. Sabemos que consagrados y consagradas suelen vivir con heridas afectivas, como otras muchas personas. Son algo que nos acompaña toda la vida.

Puedo ser una persona “religiosa” y ser profundamente individualista, permaneciendo en un mundo, personal e intransferible, en el que no entra nadie.

Pero Jesús no fue así. Fue un hombre para todos, vivió para Dios y para los hermanos. Un hombre oblativo, entregado, sin fisuras, amó hasta el extremo de entregar su vida. Quien vive así ha recibido el Espíritu de Jesús.

Las heridas que provoca el egoísmo en nosotras son múltiples. Destacamos algunas de ellas:

1. El **individualismo**. Nos hace insensibles al “tú”, organizamos la vida al margen de los demás. Cuando mi proyecto personal es más importante que el proyecto comunitario, estamos cayendo en la trampa del egocentrismo.
2. La **independencia**. Llevada al extremo, impide el acceso de los demás a mi propia vida; así, la persona se incapacita para la empatía y la compasión.



3. El **narcisismo**. Es el culto a la propia persona, a la propia vida, que consiste en cambiar la vida buena por la “buena vida”, mirándose uno a sí mismo continuamente. El peligro se acentúa cuando, además, la vida espiritual es también narcisista; tentación frecuente entre los consagrados.
4. La **incomunicación**. Conduce a una falta de comunión alarmante y a una enfermiza incapacidad para solucionar los problemas normales que surgen en las relaciones humanas.
5. Una **resistencia** enorme a pasar del yo al NOSOTROS.
6. El **permisivismo** que, a menudo, se confunde con la tolerancia, con que cada uno haga lo que “le dé la gana”. Y entonces la tiranía de las apetencias es la que domina; y una vida espiritual no se sostiene sin disciplina y orden.
7. Crisis de la **vida fraterna**. Se puede llegar de hecho a vivir prescindiendo de los hermanos, como quien vive en un hotel, sin que “nadie me toque, ni toque mis proyectos”.
8. **Ambigüedad** en la vivencia de la **virginidad** cuando los problemas de relación no se superan. Un criterio de discernimiento en las relaciones es el trinitario: todo lo que me aleje de los otros y me centre sólo en mí mismo no es de Dios. “Fuera de la comunión no hay salvación”. Estar a solas es estar en malas compañías.
9. Ciertas **concepciones** humanas que **no** son **evangélicas**:
  - Búsqueda del bienestar, la “calidad” de vida a ultranza nos conducen a la mediocridad.



- El autoengaño cuando vivimos en función del personaje o del rol que desempeñamos.

Podríamos seguir enunciando...

### Para tu plan de reforma:

- ✍ ¿Me encuentro reflejada en algún elemento, o algunos, de esta lista? Enúncialos.
- ✍ ¿He puesto hasta ahora algún medio para superarlos?
- ✍ Proponer un “plan de superación” de ese indicador o indicadores que he señalado, en camino hacia una vida más oblativa y menos egocéntrica.

## **3. ALABAR**

Desde esta dimensión del alabar, vamos a intentar renovar nuestra vivencia de la Eucaristía y Reconciliación.

“ Cada día celebramos en la Eucaristía el misterio pascual. En ella participamos activamente, recibimos el Cuerpo del Señor, adquirimos nuevo vigor para las tareas apostólicas y conseguimos nuestra plena realización como comunidad fraterna. *(Const., 51)* ”

### **I. RENOVAR LA VIVENCIA DE LA EUCARISTÍA**

La vida consagrada intenta ser, dentro del mundo y de la Iglesia, la conciencia permanente de la sacralidad de toda la realidad.

Vamos a contemplar la Eucaristía como un espacio de conversión, de transustanciación, de trans-socialización, donde

los diferentes se vuelven hermanos, los alejados de Dios entran en Alianza con Él y son por Él consagrados.

Se ha dicho que la consagración religiosa ahonda sus raíces en la consagración bautismal. **¿Por qué no decir que la vida consagrada nace permanentemente de la consagración eucarística? ¿No es ella la consagración de todas las consagraciones?**

### 1. CONSAGRACIÓN Y SANTIFICACIÓN EN EL PENSAMIENTO Y LENGUAJE BÍBLICO

Vamos a comenzar esta visión eucarística de la “consagración” recordando sólo algunos datos del Antiguo y del Nuevo Testamento.

En el **Antiguo Testamento** en el pueblo de Israel se realizaban “consagraciones objetivas, rituales”. Las personas elegidas para ser profeta, rey o sacerdote, eran para ello ungidas con óleo santo por un sacerdote o profeta. El óleo significaba **la fuerza del Espíritu de Dios** derramada sobre la persona para que ejerciera adecuadamente su función y la ratificación oficial de su tarea. Tras la unción, esa persona quedaba destinada totalmente al servicio de Dios y excluida de las tareas profanas. El efecto de la consagración se expresaba con el término hebreo *qadosh* que puede ser traducido por consagrado, santo o santificado, sacrificado. En otros casos, objeto de la consagración eran cosas o lugares (cf. Ex 29,37), que por medio de la acción consecratoria quedaban también totalmente reservados para Dios. De este modo, los rituales de consagración iban constituyendo todo un mundo sagrado, segregado, al cual los no-consagrados tenían prohibido el acceso.

También el Antiguo Testamento manifiesta cómo Dios, de forma directa e inmediata, consagraba a las personas. El efecto



de esa consagración se expresaba también con el término hebreo *qadosh*; pero en este caso los LXX lo expresaron con un término que ellos mismos acuñaron: “santificar”. Destinatario de esta santificación era todo el pueblo: “porque yo soy Yahweh vuestro Dios, santificaos y sed santos, pues yo soy santo; no os hagáis impuros” (*Lev 11, 44*).

Y aunque pareciera que en ocasiones la consagración-santificación estuviera reservada para ciertas personas, cosas o lugares, en realidad **el deseo de Dios era extender su santidad en todo el pueblo a través de esas mediaciones** (*cf. Is 61,1*). Esto es perfectamente aplicable al sentido de la consagración especial de la Vida Religiosa. Dios lo declaró solemnemente en la Alianza en el Sinaí: «Seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación consagrada» (*Ex 19,6*).

Más todavía, todo el mundo está llamado a esta consagración como dan a entender los libros de Jonás y de Daniel. Y es que el Dios de los profetas quiere que su santidad se difunda, penetre en todo. Joel hablaba del Espíritu que se hace presente en toda carne. “La consagración de un ser por Dios, es la voluntad del Trascendente, de hacerse inmanente”. En el fondo, la Alianza de Dios –cada vez más universal y cósmica– trae consigo la santificación del universo.

Cuando en el Israel del destierro desaparecieron los ritos de consagración, no desapareció la conciencia de que el **Espíritu se difundía y se hacía presente, consagrando y santificando**.

Todo el **Nuevo Testamento** está dirigido por el Espíritu de Santidad. María es consagrada por Él y se convierte en Madre virgen del Hijo de Dios, en esposa, en Inmaculada y Asunta. Por eso es llamada la “toda santa”. No fue, sin embargo, consagrada con ningún rito objetivo de consagración. También Jesús fue

consagrado por el Espíritu: concebido por obra del Espíritu, consagrado en el acontecimiento histórico de su bautismo en el Jordán, bajo el testimonio de Juan. El Espíritu de Dios reposaba sobre Él, el permanente consagrado. Jesús enseñó que no se participa de la santidad de Dios por seguir normativas sobre la pureza legal: *“lo que sale del hombre, eso es lo que hace al hombre impuro”* (Mc 7,20). Así se oponía a tantísimas prescripciones de pureza ritual, con la que se pretendía responder al mandato de la santidad. Uno no es santo por la exterioridad, sino por el corazón.

Jesús no ejerció como sacerdote que consagra a través de rituales preestablecidos. Sin embargo, cuando lavó los pies de los discípulos, cuando les entregó su cuerpo y su sangre en el pan y copa eucarísticos, o cuando les comunicó a los discípulos el soplo de su Espíritu, realizó símbolos como sacerdote único y sumo de la nueva Alianza, gracias al Espíritu Santo. La carta a los Hebreos nos da las claves para entender adecuadamente la “nueva sacralidad cristiana”, o las formas de la santificación del Espíritu.

## 2. LA EUCARISTÍA COMO ACONTECIMIENTO DE CONSAGRACIÓN

La celebración eucarística puede ser contemplada, desde el inicio hasta el final, como el gran acontecimiento de consagración. Por una parte, la Iglesia, comunidad de Jesús, suplica y ora. Por otra parte, Dios Padre responde consagrand y santificando progresivamente a la comunidad por medio de su Hijo Resucitado y de su Espíritu. Es así cómo podemos distinguir en la celebración **tres momentos de consagración**, íntimamente conectados entre sí: la consagración por la Palabra, la consagración de los dones y la consagración de la comunidad.



## 2. 1. CONSAGRACIÓN POR LA PALABRA

La Palabra fue el lugar de encuentro entre María y el Espíritu. María fue consagrada por la Palabra y por el Espíritu (*R. Blázquez*) que es “*el Desconocido más allá de la Palabra*” (*E. Schweitzer*).

Aplicado a la Eucaristía, esto quiere decir que la **Mesa de la Palabra** es el lugar de encuentro entre nosotros y el Espíritu, es momento de consagración en el Espíritu. Mientras escuchamos atentamente, cordialmente, la Palabra de Dios, mientras la rumiamos y la convertimos en guión de nuestra vida, estamos siendo consagrados, santificados. Cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, “*es Jesús quien nos habla*” (*sc, 7*) y nos ofrece su Palabra como pan bajado del cielo. En esta mesa también hay que comulgar, pues “*las Escrituras son verdaderamente el cuerpo y la sangre de Cristo*”.

El cuarto evangelio nos presenta a Jesús en el capítulo 17 como aquel que entrega la Palabra a los discípulos: Jesús les revela el Nombre del Padre, les entrega la Gloria que Él mismo ha recibido del Padre, y les da las Palabras que recibió del Padre. Así es como Jesús se santifica por ellos y los santifica: “*son santificados, consagrados en la Verdad por la Palabra que les ha dado*”.

La Palabra sin el Espíritu se pierde en el pasado, es pura letra, mera exterioridad. El Espíritu hace que la Palabra penetre en el corazón humano hasta lo más íntimo. Entonces la Palabra de Dios se convierte en “*la espada del Espíritu*” (*Ef 6,17*).

“*Ciertamente, es viva la Palabra de Dios y eficaz, y más cortante que espada alguna de dos filos. Penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las junturas y médulas; y escruta los sentimientos y pensamientos del corazón*” (*Heb 4,12*).

Jesús decía: “*las palabras que os he dicho son espíritu y son vida*” (Jn 6, 63). Cuando la Palabra es escuchada y guardada en el corazón “*el amor de Dios –es decir el Espíritu– llega a plenitud*” en nosotros (cf. 1 Jn 2,5-7); es decir, somos consagrados: pasamos de la vida a la muerte (Jn 5,24-25), nos convertimos por el Espíritu en templo-morada de Dios Padre y del Hijo (Jn 14,23-24), vencemos al Maligno (1 Jn 2,14), somos libres (Jn 8,31-32), como hijos de Dios (Jn 1,12). Su Palabra es “*dabar*”, acontecimiento de consagración, purificación, transformación, nuevo nacimiento.

Por eso, bien podemos decir que la comunidad eucarística es una comunidad consagrada permanentemente por la Palabra de Dios y el Espíritu. Destinatarios de la Palabra son todos los creyentes, en especial la comunidad cristiana. (Cf. DV, 8)

La consagración a través de la Palabra es un momento especialmente vocacional. Esta consagración va sellando las diversas vocaciones en la Iglesia, a las cuales, a la luz de la Palabra, cada uno se va sintiendo llamado. La importancia que tuvo la proclamación de la Palabra durante la Eucaristía en los relatos vocacionales de la vida consagrada, como Antonio Abad o Francisco o Claret, son un elemento importante en la explicación del carácter consagrante de la Palabra de Dios.

## 2.2. CONSAGRACIÓN DE LOS DONES

Para entender adecuadamente la “consagración eucarística” de los dones del pan y del vino es bueno recordar que la consagración es precedida por una oración, súplica o invocación al Espíritu Santo o a Dios Padre para que envíe su Espíritu sobre los dones que se llama “*epiclesis*”. Se invoca a Dios para que haga presente a su Hijo y anticipe su parusía. Acompaña al Maranatha, “*¡ven, Señor Jesús!*”. Sin la *epiclesis*, como invocación de la Trinidad, no habría sacramentos cristianos. La



*epiclesis* es también expresión de la fe de la Iglesia: muestra que el Espíritu es el agente de la somatización de la palabra, de la identidad simbólica del cuerpo y de la palabra, sin que quede eliminada la diferencia entre ellos. La *epiclesis* es “acción dicha”.

En la Ordenación General del Misal Romano (*OGMR*) se describe la *epiclesis* así: “Con ella la Iglesia, por medio de determinadas invocaciones, implora el poder divino para que los dones que han presentado los hombres queden consagrados, es decir, se conviertan en el cuerpo y sangre de Cristo y para que la víctima inmaculada que se va a recibir en la comunión sea para salvación de quienes la reciban”.

En la *epiclesis* eucarística el Espíritu de la Encarnación, de la Resurrección, de Pentecostés, «reactualiza esta misma historia salvífica en la reunión eucarística, particularmente en la transformación de los dones y de aquellos que los reciben»...

Después de la oración-*epiclesis*, el ministro ordenado pronuncia las palabras del Señor resucitado. El Señor no quiso dejar al arbitrio y fantasía de cada uno de los participantes el sentido de la acción simbólica, sino que él mismo ofreció la interpretación. La interpretación no es una aportación subjetiva e imaginativa de Jesús, como si dijera: “si queréis en este gesto podéis descubrir cómo yo me entrego a vosotros”. Esas palabras interpretan con una hondura inimaginable el sentido y la finalidad de los dones ofrecidos. Las palabras de Jesús son imperativas. No admiten vacilación. Jesús manifiesta tal seguridad en sus palabras que indica cuál es la realidad del pan, de la copa. Ello supone -según la fe de la Iglesia- que esas palabras las hace realidad el Espíritu Santo, que son auténticas palabras del Señor resucitado en medio de su Iglesia y que tienen la eficacia de la Palabra de Dios.



interpersonal y comunitario con Jesús, se convierte en pan supersustancial, en parábola de toda la existencia terrestre y celeste del Señor. Pablo entendió el cuerpo eucarístico como cuerpo eclesial también. Agustín decía que el amén al cuerpo eucarístico es el amén a lo que nosotros somos; y es que el cuerpo resucitado del Señor está totalmente abierto a la comunión; no está delimitado por una piel, es un agente de comunión universal.

Al referirse a la copa Jesús dice “*esto es*”. Ello significa que la copa de vino escanciado, distribuida y compartida por todos, es la nueva alianza en su sangre. Entrar en la alianza es salvarse; quien bebe la copa se siente y sabe bendecido por el Señor (“la copa de la bendición”). La copa de vino distribuida es la vida del Crucificado-Resucitado derramada por el Espíritu sobre su comunidad, que establece un desposorio eterno, una alianza nueva y definitiva entre Cristo y su Iglesia. Es la copa del vino nuevo, que ha sido reservado por el *Abbá* hasta ahora, y que todo lo hace nuevo.

Se trata de una presencia fugaz, transitoria. El mandato del Señor tiene una cierta urgencia. No les pide a los discípulos que se queden contemplándolo. No retarda intencionadamente el momento de la entrega. Dice, sin más: ¡tomad, comed, bebed!. El prodigio no está tanto en la presencia en los dones, cuanto en la finalidad de esa presencia, que es la inmanencia de Jesús en los suyos, en aquellos a quienes el Padre le ha dado. Esto nos hace pasar a la tercera consagración y segunda *epiclesis*.

### 2. 3. CONSAGRACIÓN DE LA COMUNIDAD CRISTIANA

La *epiclesis* eucarística es también súplica al Padre para que el Espíritu, fuente de toda *koinonía* (comunidad), realice la finalidad para la que Cristo instituyó la Eucaristía: la comunión



eclesial.

Finalidad de la conversión de los dones es mediar en la incorporación a Cristo e identificación con Él de todas aquellas personas que lo aceptan por la fe, y en la cristificación de la humanidad y del cosmos para anticipar así el cambio radical que el Reino de Dios trae consigo, que la Parusía del Señor comporta. La finalidad de la conversión eucarística es la transformación-consagración de las personas y del universo en Cuerpo de Cristo.

“ Cuando todos nos hemos alimentado del mismo cuerpo de nuestro Señor... todos nos convertimos en el único cuerpo de Cristo.

Aunque no suele recibir la atención que se merece, es importante subrayar que en las plegarias eucarísticas tiene lugar una segunda *epiclesis* sobre la Asamblea. Si en la primera *epiclesis* es invocado el Espíritu para que consagre los dones, en la segunda lo es para que consagre a la comunidad de modo que forme un solo Cuerpo con Cristo.

La Iglesia invoca, por ello al Espíritu, para que la convierta en Cuerpo de Cristo, para que su unión sponsal con el Señor sea tan intensa, que entre los dos no formen más que un solo cuerpo.

Quien comulga a Cristo Jesús es, ante todo, la Iglesia, pues a la Iglesia ha entregado el Señor su cuerpo. La comunión personal se inscribe dentro de la pertenencia del creyente a la Iglesia. El encuentro con el cuerpo del Señor es comunitario. Es el encuentro nupcial entre el Esposo y la Esposa. Y la esposa no es el alma individual del creyente. La consagración segunda es, por tanto, consagración de la comunidad eclesial como Cuerpo

de Cristo.

El individualismo eucarístico ha reducido la comunión a una experiencia privada entre el comulgante y Jesús, dejando de lado el necesario e imprescindible contexto eclesial. La participación eucarística no es, ante todo, un acontecimiento exclusivamente interpersonal, no es un tú a tú, entre el Señor y el creyente individual. Es un encuentro abierto, un encuentro entre Dios y su Pueblo por medio de su Hijo Jesucristo. En la comunión eucarística el creyente no entra en un recinto cerrado, oculto, donde le es permitido dialogar en total intimidad con su Señor; sino que entra en un espacio abierto, inmenso; en aquel espacio en que se entrecruzan todas las interrelaciones cósmicas, históricas, personales que constituyen el Reino de Dios. Tiene acceso a la Presencia divina del Resucitado.

El encuentro con Jesucristo en la eucaristía no se reduce únicamente a la Iglesia. El Señor resucitado ha recibido del *Abbá* el poder para someter a sí todas las cosas. Las reflexiones realizadas hasta ahora nos llevan a entender el encuentro con la Presencia eucarística desde la perspectiva de toda la creación.

A la presencia del Resucitado en la celebración eucarística puede aplicarse lo que Teilhard de Chardin dice tan bellamente de la presencia de Dios: que estamos de tal modo rodeados y traspasados por la Presencia, que ni nos queda espacio en que caer de rodillas, ni siquiera en el fondo de nosotros mismos. Lo Divino nos asedia, nos penetra, nos fragua (...)

El encuentro eucarístico está abierto a la totalidad del universo. Hace entrar en la gran Comunión del Reino. Atrae hacia la Transformación y Transfiguración secreta de la creación y de la humanidad.



La Eucaristía es también encuentro personal con Jesucristo. Él llama a cada uno por su nombre. Él nos hace a cada uno miembro de su cuerpo: cada uno en su lugar, con su carisma, con su función, como tan magistralmente dice Pablo en *1 Cor 12*. En el encuentro eucarístico se fraguan todas las vocaciones, como compromiso con la Alianza nueva y definitiva. La Eucaristía es la fuente de todas las vocaciones cristianas y consagra de forma particular esas vocaciones.

Si no pusiéramos ningún obstáculo, se produciría en nosotros una total cristificación-escatologización, tal como sucede en la Palabra y en los dones de pan y vino. De hecho, sin embargo, la Presencia encuentra en nosotros muchas resistencias, algunas de ellas históricas, culturales, grupales, personales. En la medida en que nos vamos liberando de las defensas y nos hacemos vulnerables, en esa medida la Presencia se hace más omniabarcante. En la medida en que tengamos más hambre, experimentaremos que somos saciados.

### **3. LA PROFESIÓN RELIGIOSA COMO “CONSAGRACIÓN”**

De la vida religiosa o consagrada se ha dicho que no es sacramento, pero que su consagración se enraíza en la consagración del Bautismo. Más completo sería afirmar que se enraíza sobre todo en la consagración del Cuerpo de Cristo y sus miembros, por medio del Espíritu y la Palabra. Los rituales de consagración de vírgenes y de profesión religiosa, nos manifiestan cómo es la Eucaristía el ámbito adecuado para celebrar estas consagraciones particulares y cómo esas consagraciones acontecen en el contexto de *epiclesis* o invocaciones solemnes de la comunidad cristiana, por medio de sus ministros.

*anámnesis* del misterio del amor entre Cristo y su Iglesia, de la unión nupcial entre el Esposo Cristo y la Esposa Iglesia. En este contexto Cristo Jesús es denominado “Esposo de la virgen” y la virgen recibe el título eclesial de “Esposa de Cristo”. Cristo se une a la virgen con alianza nupcial para hacerla fecunda con su palabra. Esta alianza realiza lo que el sacramento del Matrimonio pre-figura y significa.

Resulta interesante la síntesis de la teología de la virginidad consagrada que nos propone la Ordenación de Consagración de Vírgenes en el texto que puede servir de homilía. Tiene dos partes: la primera está dirigida al pueblo de Dios, la segunda a las vírgenes. En la primera se dice que las vírgenes proceden del pueblo de Dios. A él se le dice que la virginidad es una vocación de Dios para una unión más estrecha con Él y una mayor dedicación al servicio de la Iglesia y de los hombres; será enormemente beneficioso para todos. En la segunda parte, después de dirigirse el obispo a las vírgenes, de modo muy afectuoso asume la teología de la virginidad de los Padres, especialmente de Gregorio de Nisa y Ambrosio. La virginidad es considerada como una “nueva unción”. Después el obispo denomina a las vírgenes “esposas de Cristo”, título reservado para la Iglesia, siguiendo en esto la tradición de los Santos Padres y Doctores; también las presenta como signos de los bienes futuros (cf. Mt 22,30). Finalmente, las exhorta a llevar una vida en consonancia con su vocación y les recuerda una larga lista de virtudes que han de cultivar. Les dice, últimamente, que aunque han renunciado a la maternidad física, se convertirán en madres espirituales al conducir a la vida de la gracia a los que la han perdido.

Se ve, pues, que la virginidad consagrada es fruto del Espíritu. Gracias al Espíritu, también, la virginidad consagrada se



convierte en maternidad.

La Congregación para el culto divino aprobó el 2 de febrero de 1970 la nueva ordenación para la profesión religiosa. Entre sus elementos principales están: llamada y petición de los candidatos, homilía, interrogatorio del celebrante, oración litánica, profesión, bendición solemne o consagración del profeso, insignias de profesión y rito de despedida.

Nos interesa la bendición solemne. Contiene una oración que pide al Padre celestial que derrame con abundancia los dones de su Espíritu sobre el profeso. Introducir esta oración *epiclética* es “una novedad importante en la tradición occidental, la cual había olvidado frecuentemente, la dimensión mística de la profesión religiosa”.

La inclusión de la profesión religiosa dentro de la liturgia eclesial confiere a esta consagración carismática una densidad del todo especial<sup>3</sup>.

### **Trabajo personal**

Se trata de **RENOVAR NUESTRA VIVENCIA DE LA EUCARISTÍA**, desde la dimensión de **ALABAR**.

¿El texto ¿te ha ayudado conceptualmente a ver algo nuevo sobre la Eucaristía?

¿Ha avivado el deseo de participar más activamente en la Eucaristía de cada día? ¿Cómo renovar en concreto tu vivencia de la Eucaristía?

---

<sup>3</sup> Cf. García Paredes, JCR, Consagración Eucarística y consagración religiosa en Semana de Vida Religiosa, “Eucaristía: fracción del pan, encuentro entre culturas” Madrid, 18 al 21 de abril de 2006.

## II. RENOVAR NUESTRA VIVENCIA DE LA RECONCILIACIÓN:

“Conscientes de nuestra fragilidad y urgidas por el amor, debemos recibir el sacramento de la Reconciliación con frecuencia. En él nos unimos a Cristo, que murió por nuestros pecados (cf. Hb 9,15), y nos reconciamos con nuestros hermanos. Con nuestra continua conversión contribuimos a la renovación de la Iglesia. (Cf. c.664), (Const., 58)

*“Es bueno proclamar por la mañana tu misericordia y de noche tu fidelidad” (Sal 92 91).* En este Año de la Misericordia que está a punto de terminar y en el que hemos oído y leído tantas cosas, vamos a gustar la misericordia de Dios en nuestra vida, para proclamar en actitud de alabanza y acción de gracias su fidelidad incondicional en la que se apoya nuestra fidelidad.

Pero debemos ser conscientes de que existe un obstáculo que impide gustar al Dios de la misericordia: las ideas que, a veces, tenemos sobre el pecado y sobre nuestras infidelidades.

Debemos procurar evitar toda visión narcisista o psicológicamente culpabilizadora que nos puede dejar ancladas en el desaliento. Se trata, de eliminar de nuestra vida todo aquello que nos impida gustar la misericordia y fidelidad de Dios.

En nuestra relación con el pecado, debemos evitar:

- La culpabilización que paraliza pues pone el pecado en relación con la autoimagen y produce el autodesprecio personal.
- Y la huida irresponsable del sentido del pecado que nos lleva a la inmadurez, buscando culpables fuera de nosotras.

Frente a ellas, hay una postura auténtica: ni huyo ni me culpabilizo,



sino que **confieso** mi pecado ante Alguien que me acoge, me ama y me reconcilia porque es Bueno. No saldré nunca de mis fracasos ni apelando a mis fuerzas, ni justificando mi propia debilidad. La palabra del perdón tiene que venir de Otro, no porque yo le fuerce, sino porque Él es Bueno. La experiencia de sentirse amado, querido, absuelto, es siempre sanante. Cuando con fe confesamos nuestro pecado, nos convertimos en pecadoras perdonadas. Hemos hecho experiencia de la misericordia de Dios, la hemos gustado y tocado.

Te invitamos a profundizar en lo anterior a la luz de dos personas bíblicas que, como nosotras, han vivido en sus vidas el misterio del pecado y lo han enfrentado de dos formas totalmente diferentes: Judas y Pedro. Te invito a descubrir, a través de ellos, cómo enfrentas tú el pecado que existe en tu vida.

En Judas y Pedro, llamados por Jesús, aparecen coincidencias claras:

- Ambos son conscientes de su culpa. Ninguno de los dos la niega como el fariseo, ni la proyecta sobre otros como los acusadores de la mujer adúltera.
- Ambos han roto su alianza con Jesús, su vínculo con Él: por la negación, el uno; por la traición, el otro.
- Ninguno de los dos permaneció indiferente ante el daño ocasionado.
- Ambos son presas del remordimiento por lo que hicieron y ambos se encuentran en una dinámica en la que quieren borrar el pecado cometido: Pedro llora amargamente (Mt 26, 75) y Judas devuelve sus monedas de plata a los sumos sacerdotes.



- Ambos confiesan explícitamente su culpabilidad: uno a través de las lágrimas, el otro diciendo: «He pecado poniendo en vuestras manos sangre inocente» (*Mt 27, 3-10*).

Pero el desenlace resulta diametralmente opuesto para uno y otro:

- Pedro parece sentirse lavado con sus lágrimas. Las lágrimas de Judas, sin embargo, no aciertan a redimirle.
- Pedro, tras la mirada que le dirige Jesús (*Lc 22, 61*), es capaz de restablecer el vínculo roto por su negación. Judas, sin embargo, se queda estancado en ese primer momento de culpa, el momento más narcisista de todo el proceso: dolerse de tal manera por la propia autoimagen manchada que se imposibilita para buscar la mirada de Dios que restablece siempre, misericordiosamente, el vínculo roto. Su mirar queda encerrado en su propia imagen deteriorada por la traición.
- El final, para Pedro, es la vida: vida decepcionada primero y perdonada, por el reencuentro, después.
- El final, para Judas, es la muerte: la soledad y el suicidio como máxima expresión de la tendencia autodestructiva que la culpabilizarían desencadena.

Existen, pues: lágrimas sanadoras que promueven el cambio, el renacimiento a una vida nueva y lágrimas amargas, que son sólo la expresión de impotencia y de muerte.



### **Y ahora, mira cómo son tus lágrimas ante la experiencia de tu pecado:**

- Con Pedro, (*Lc 5,4-11*) que proclama: “apártate de mí, que soy un pecador” y, simultáneamente, dejando las redes le sigue. Con Pedro otra vez (*Jn 21, 15ss*) , que llora por haberlo negado tres veces, pero para afirmar, más tarde, tres veces que lo ama.
- Con la Samaritana (*Jn 4, 8*), que escucha de boca de Jesús todo lo que ha hecho y rompiendo su superficialidad inicial le confiesa como Señor de su vida.
- Con Pablo (*2 Cor 11, 30-12,10*), que exclama: “en mi debilidad está mi fuerza. Me gloriaré en mis flaquezas”, porque sabe que éstas le permiten estar continuamente referido a la misericordia del Señor que acoge con su perdón.
- Con Juan (*1 Jn 3, 20*), que confiadamente dice: si nuestra conciencia condena, Dios es más grande que nuestra conciencia.

La Misericordia del Señor no es, pues, una idea, sino una experiencia de presencia amorosa que emerge cuando consideras con verdad tu pecado. La experiencia y seguridad de que la Misericordia envuelve nuestra historia humana y es más fuerte que el mal, nos abrirá la posibilidad de derrotar el pecado. Pablo afirma: “*donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia*” (*Rom 5, 20*) y esta afirmación vale también para nuestra vida. Por eso, el pecado no puede desanimarnos. Es posible, por tanto, dejarse llevar por esa Misericordia, apostar por ella, ser salvado por ella, abrirse progresivamente a lo que será el cumplimiento radical de la misericordia incondicional de nuestro Dios: el misterio del Crucificado.


**Trabajo personal**

- ✍ Describe cómo vives actualmente la conciencia de pecado, y el sacramento de la Reconciliación.
- ✍ ¿Te ha aportado algo nuevo lo que has leído? ¿Te ha movido a algo en concreto para renovar tu vivencia actual? Escríbelo en tu Plan de reforma.

## 4. SERVIR

La vida diaria a veces no nos permite profundizar, vivimos en la superficie evadiendo enfrentarnos al propio misterio. ¿Quién soy? ¿Cuál es el proyecto fundamental de mi vida? ¿Cuáles son los compromisos que mantienen en pie ese proyecto? Tememos y nos resistimos a la enfermedad, el fracaso, el desprestigio... y todo aquello que lo provoca... ¿Cómo pasar del egoísmo al amor oblativo?

Dios es Amor y para acercarnos a Él, tenemos que ser pobres y sencillas.

La experiencia de Dios contiene diferentes facetas. En torno al amor hay muchas experiencias: la experiencia del Amor del Padre, la experiencia de la intimidad contemplativa, la experiencia del amor oblativo...

El amor oblativo no es emotivo. Es un amor entregado, no existe en él ninguna compensación sensible, se realiza en la fe. Es una experiencia religiosa de la más alta calidad. Con el “yo me abandono en ti” la resistencia se transforma en un obsequio de amor puro, en una ofrenda. Así, es como la oblación no produce emoción sino paz.

El acto de abandono en Dios como proceso de purificación



oblativa produce un dolor semejante al de arrancarse de manera consciente parte de nuestro ser: la piel, la carne, un miembro, tiene un no y un sí. “No” a lo que yo quería o hubiese querido; “Sí” a lo que Tú, de hecho, quisiste o permitiste, Padre.

¿Qué se abandona? ¿Se abandona una carga de energía enviada desde mi voluntad “contra aquel hecho o persona”? ¿Qué hubiese querido? ¿Venganza por el mal que me hicieron o abandono al creer, amar y ser correspondida?

### FUNDAMENTO BÍBLICO Y ECLESIAL

La caridad implica amar en las cosas sencillas de cada día, en gestos de reconciliación, en diálogo sincero, en capacidad de comprendernos a nosotros mismos y a los demás, en el servicio, en el vínculo fraterno, en la escucha serena de los otros, en las expresiones concretas de cariño. Amar y descubrir que en ese amor está escondida la presencia de Dios que ha venido a quedarse y a poner su tienda en medio de nosotros.

**El primer movimiento es Dios que viene hacia nosotros**, como la fuente del amor que nos suscita la capacidad de amar. El evangelista san Juan sitúa en Dios al amor, llegando a afirmar que Dios es Amor. Juan es el único autor del Nuevo Testamento que da esta definición de Dios, y lo dice porque Dios es Espíritu y el Espíritu es el amor entre Dios y el Hijo.

Juan habla de Dios como Luz, como Pan, como Agua Viva. Pero la definición de Dios es que es Amor. Es distinto decir “el amor es Dios”. “Dios es Amor” no quiere decir que el amor sea Dios. No podemos confundir a Dios con cualquier amor, sino que justamente es en Dios donde los amores que hay en nosotros son renovados.

conocimiento que brota de una experiencia interior del misterio. Y en este sentido, Juan es un místico, porque en esta vivencia del misterio nos mete a todos nosotros en ese mismo encuentro que él nos ofrece desde lo que ha visto y oído, lo que ha tocado con sus manos.

Quien quiera renovar su vida en el amor y vincularse con mayor comprensión, mayor servicio, con una más cálida recepción de los demás, con una salida más decidida de sí mismo para el encuentro con los otros, superando las diferencias y obstáculos, debe hacerlo en y desde Dios.

Ésta es la novedad: quien quiera crecer hacia la plenitud del amor como posibilidad de ser, debe hacerlo en Dios. Este modo de amar en Dios nace en el reconocimiento y la experiencia de que Él me amó primero y dio su vida por mí para rescatarme, para salvarme.

**El segundo movimiento es nuestra respuesta.** El Papa Benedicto XVI en su encíclica *“Deus caritas est”* plantea qué es la caridad en cuanto respuesta de parte nuestra: el amor como ofrenda. Tiene que ver con nuestra capacidad de responder a ese amor de Dios, saliendo de nosotros mismos como deudores del amor. Y en cuanto vamos cubriendo esa deuda, la caridad se hace respuesta en nosotros. Rompiendo el egoísmo y la agresividad, podemos vincularnos con los demás de una manera casta, íntegra, con todo nuestro ser puesto en un mismo sentido, en un mismo eje, con capacidad de donarnos responsablemente. El amor nos hace castos, es decir, integra toda nuestra persona y, gracias a eso, podemos responder a la invitación que Dios nos hace, con la altura con la que somos invitados a participar del misterio.

El ejercicio libre y responsable de la caridad supone personas



integradas en Dios, capaces de donarse a sí mismas en amor oblativo. La respuesta que damos al amor de Dios no puede ser de una parte nuestra, sino que nuestro yo más hondo y profundo que ama, cualquiera sea la actividad que realizamos, debe estar integrada en ese yo.

No es suficiente realizar un determinado servicio o actividad apostólica para que estemos verdaderamente vinculados al amor, sino que debe ser toda nuestra persona la que se entregue y ame. Por eso, Dios nos reconcilia con nosotros mismos, nos ama interiormente y nos capacita para responder amando al amor que Él nos da.

**Tercer movimiento** es el **amor oblativo** frente al cual tenemos nuestra deuda y al que estamos llamados a responder de manera integral e integradora de nuestra persona. Es un amor que tiene capacidad de entregarlo todo, hasta la propia vida. Esta es la perfección en el camino del amor, que comienza por el amor a sí mismo, luego por amar a los otros como nos amamos a nosotros y, al fin, amar a todos, también a los enemigos, amar hasta dar la vida. Son los diversos niveles del amor.

Esta respuesta al amor no puede ser de cualquier forma, sino que es con la fuerza del amor que viene de Dios. Es una gracia y hay que pedirla: la gracia de estar integrados interiormente para dar respuesta personal, completa y oblativa.

En Jesús tenemos no solamente una invitación a vivir de este modo, sino que además tenemos un testimonio de ejemplaridad que nos estimula a amar con la gracia que Él nos da, para obrar como Él obra. El Señor que entrega la vida nos abre un camino con su testimonio y nos habilita con su gracia para poder actuar como Él.

Él pagó por nosotros, por ti y por mí. Lo hizo entregando la vida, para que nosotros hiciéramos lo mismo, imitándolo. Él nos capacita para ello; estamos guiados y movidos no por nuestra voluntad sino por esa gracia que Jesús nos da. Es el amor de Jesús en el que somos llamados a vivir en el amor de Dios.

Hay una diferencia en el planteamiento del amor que hace Jesús a como venía siendo presentado en el Antiguo Testamento. Allí era “amar al otro como a ti mismo”. Jesús no excluye este nivel, sólo que enseña que el mejor modo de amar es amando en Dios y desde Dios. Porque Él ha venido a instalarse en medio de nosotros. Jesús presenta, como motivo y norma de nuestro amor, su misma persona: “como yo os he amado”, hasta dar la vida por vosotros. Esta enseñanza es la que permite decir que existe un modo de amor cristiano, amor en Cristo. Sólo estamos capacitados para amar hasta dar la vida cuando reconocemos la gracia que Dios nos regala para amar a su estilo. Y para eso, hay que dejarse amar por Dios. El que se deja querer y sostener por Dios, se capacita para amar en Dios y entonces puede vivir un amor cristiano hasta dar la vida.

El amor es cristiano cuando lo hacemos desde Jesús. La palabra de Jesús “como yo os he amado” nos invita a no inquietarnos ni desesperar por pagar las deudas de amor que tenemos cada uno de nosotros, porque Dios nos amó primero y, a la vez, Él nos capacita para el amor porque Dios está con nosotros; Jesús ha puesto su morada en nosotros.

La crecida conciencia de que Dios nos habita interiormente y nos ama es la que nos capacita para amar hasta dar la vida. No hay amor cristiano que no tenga previamente un reconocimiento del amor de Cristo por mi persona. Y este es el mayor servicio que podemos ofrecer.



## EL AMOR OBLATIVO DE MARÍA ANTONIA PARÍS

La Madre Fundadora con su vida pretendía que todo su ser fuera una expresión de su relación con Cristo. Se reconoce pobre y se siente absolutamente en manos de Dios, sin apoyarse en bienes terrenos o en las propias fuerzas. Eligió a Dios como su único bien definitivo, preferido por encima de todo lo demás. Por eso, su vida consagrada se sostiene en una fe y amor profundos, que llevan a una elección libre, consciente y gozosa. Su amor oblato se expresa en su laboriosidad, mortificación y sobriedad. Pero también en las relaciones. Fue una mujer muy consciente de sí misma, lo que le ayudó a vivir distintas relaciones humanas con mucha libertad; y el afecto con que se relacionaba con las distintas personas, también con los hombres importantes en su vida: Curriús, D. Juan Nepomuceno Lobo, Caixal, Claret, D. Dionisio González, etc., sin ningún pudor para una mujer de esa época. Reconoce el grande amor que siente pero, a la vez, no duda en renunciar a estas relaciones cuando pretenden contrariar lo que ella ve claramente como el querer de Dios. También es importante la vivencia de la amistad en Madre Fundadora, especialmente con Florentina, aunando la intimidad humana y el verse unidas en Cristo.

¿Que caracteriza el amor oblato de la Madre Antonia París?

- Dios es su único bien definitivo, vive en su presencia continua.
- Se siente absolutamente en manos de Dios... él es quien guía y llevará a cabo su obra.
- Se sostiene en una fe y amor profundos. Desde el amor del Padre, sentido, gozado, sale al encuentro de sus semejantes.



- Libre, consciente y gozosamente vive su consagración religiosa. En la oración de la mañana pide amor para vivir el día con gozo.
- Libre, cariñosa y prudente en las relaciones humanas.
- Ama dando la vida en lo pequeño y en lo grande. Lleva una vida laboriosa, mortificada y sobria.
- Es amigable

### EL AMOR OBLATIVO DE SAN ANTONIO MARÍA CLARET

Claret tiene una mirada global y profunda de la persona y la obra de Jesús entendida como Misterio de Amor. En el fondo, es lo que expresa en el lema *Caritas Christi urget nos* (2Cor 5,14) de su escudo episcopal. Misterio de Amor íntimamente vinculado al Amor del Padre cuya voluntad consiste en “que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad” (1Tm 2,3-4). Desde esta visión carismática, estamos llamadas, a reproducir, con la mayor perfección posible, la imagen del Hijo enviado del Padre, en orden a la salvación de toda la humanidad.

Claret contempla el inmenso amor que Jesús tuvo y tiene hacia el mundo y las personas, y que le llevó a asumir tantos sufrimientos, calumnias, persecuciones y la muerte más atroz. Para Claret, contemplar el conjunto de la persona y misión de Jesús es sentirse profundamente amado por él y estimulado a entregarse a Él y a su causa. De aquí que encuentre en la frase de Pablo: “*La caridad de Cristo nos apremia*” (2 Co 5,14) una síntesis perfecta de sus motivaciones. En algunos textos, Claret mismo nos expresa claramente cómo entendió este texto paulino: “El lema que dice *Caritas Christi urget nos*, quiere decir que no es el amor al oro, plata, etc., el que le impele a correr de una parte del mundo a otra, sino el amor de Cristo, como decía San



Pablo, pues de él son tomadas estas palabras. De tal manera impele [este fuego] al Prelado, que se olvida de sí mismo y anda por donde le dirige el Espíritu del Señor, y puede decir lo del Apóstol San Pablo: *Caritas Christi urget nos*. Ya sabéis, hijos, que **este es nuestro timbre, nuestra divisa y nuestro todo...**"<sup>4</sup>

La caridad que le apremia une con la virtud de la mortificación que vigoriza y libera al apóstol. La liga con la templanza, prudencia, justicia, fortaleza, fe, esperanza, misericordia y con la continua ardiente ocupación en Dios en el interior y del cumplimiento exacto de la ley de Dios y de la Iglesia.

Para Claret el don del amor es un don que hay que pedir:

Padre, dame humildad, mansedumbre, castidad, paciencia y caridad.

Padre, enséname la bondad y la disciplina y la ciencia.

Padre, dame tu amor con tu gracia y seré rico en abundancia.

Dios mío y todas mis cosas.

## LA OBLATIVIDAD EN NUESTRAS CONSTITUCIONES Y DIRECTORIO

¿Cómo ha de vivir la Claretiana la llamada a aventurarse en el viaje, siempre inconcluso, **del egocentrismo a la oblatividad**? En nuestras Constituciones y Directorio no aparece el término oblatividad, como tal, pero sí una gran cantidad de palabras que definen perfectamente el contenido del mismo. Para la Claretiana hija de María Inmaculada la oblatividad se vive, no se podría vivir de otra manera, en clave sobre todo de amor, de servicio, de donación, de entrega. Sabe que vivir de este modo supone abrazar el sacrificio y el sufrimiento que comporta una vida auténticamente oblativa, liberada de toda forma de egocentrismo. Es nuestro vocabulario habitual. Son las palabras

que dibujen el rostro de una Misionera Claretiana como **mujer que ama**. Nos parece ilustrativo presentar las veces que aparece cada término en nuestros documentos, porque de alguna manera nos habla de lo que para nosotras es importante.

Veamos una estadística: **amor** aparece 50 veces; **servicio** 21 veces; **donación** 8 veces; **sacrificio** 5 veces; **sufrimiento** 5 veces; **entrega** 3 veces.

A la luz de nuestro Derecho propio podemos afirmar que nuestra vida oblativa se expresa y se alimenta fundamentalmente en:

- El amor a Jesucristo: oración afectiva, Eucaristía y Reconciliación, meditación de la Palabra como encuentro vivo con él...
- La identificación con los sentimientos de Jesús y de María,
- La vivencia gozosa de los Consejos Evangélicos,
- Un profundo amor a la Iglesia y compromiso en su renovación,
- El amor fraterno,
- La misión vivida con generosidad, responsabilidad, gozo, entrega, sacrificio.

### ***Para la reflexión***

Te invito a dejar de lado las resistencias que pones para no dejar a Dios decirte cuánto te quiere. Dedícale un tiempo a escucharlo, a recibirlo, a dejarte moldear por su amor, a no tener miedo a los momentos de zozobra y tristeza, de lucha y trabajo. Porque como dice San Pablo, “¿Quién podrá separarnos del amor de Dios?”. Este amor de Dios en nosotras irá transformando



nuestro egocentrismo en oblatividad.

**¿Cómo respondes a la llamada del amor oblato?** Con el “yo me abandono en ti”, la resistencia se transforma en un obsequio de amor puro, en una ofrenda. Así es como la oblación no produce emoción, sino paz.

- ✍ ¿Qué indicadores encuentro para “medir” si mi amor es oblato o egoísta en la vida real?
- ✍ Amar en Dios nace en el reconocimiento y la experiencia de que Él me amó primero y entregó su vida por mí, y por eso yo puedo amar. ¿Cómo es la calidad de mi amor hacia los hermanos? ¿Qué características personales le pones a ese amor?
- ✍ Todos estamos capacitados para amar, pero... ¿Mi egoísmo me impide mirar al otro con más amor? En lugar de servir, y de crecer en libertad afectiva ¿Es posible que esté utilizando a mis hermanos, conocidos, etc. para mis intereses propios?. ¿Has pensado alguna vez qué hace en ti la Eucaristía de cada día?

## 5. HACER FÁCIL EL CAMINO

Renovar en nosotras la vivencia de la Eucaristía y la Reconciliación, no es solo asunto personal... sin duda alguna una vivencia más plena de estos sacramentos, como hemos visto en este cuaderno, nos ayudará a ir superando nuestro egoísmo y caminar hacia la oblatividad, nos iremos identificando más con los sentimientos de Cristo Jesús en nuestro vivir diario. Repasa los compromisos y las concreciones que has hecho en los distintos apartados. Cae en la cuenta ahora, en esta dimensión, cómo pueden cobrar más fuerza desde la “obligación” que

tenemos de hacer fácil el camino a las demás. Desde esta perspectiva ¿Cambia algo la concreción de lo que has trabajado en este cuaderno?

Es bueno que hoy con sinceridad y a la luz del camino que vamos realizando nos preguntemos **¿Se ha transformado algo en mí que haga la vida más fácil a los demás?**

Esta dimensión puede tener un doble sentido:

En la medida que voy viviendo más plenamente la Eucaristía y la Reconciliación camino hacia la oblatividad, en configuración con los sentimientos de Jesucristo que *“no vino a ser servido, sino a servir y dar la vida”* (Mc 10, 45). Este dar la vida se concreta en hacer fácil el camino a las personas con quienes vivo, me encuentro, comparto la misión...

- ✍ ¿Percibo que se va dando esto en mí?
- ✍ Por otra parte ¿cómo puedo yo facilitar en otros la vivencia de la Eucaristía y la Reconciliación? ¿Qué maneras encuentro de ayudar a las hermanas de comunidad, en mi parroquia, en el colegio... a vivir más plenamente estos sacramentos? Ayudas concretas que puedes ofrecer.



## **6. SIN HACER DIVISIÓN ENTRE NOSOTRAS, PROPUESTA COMUNITARIA**

En este cuaderno tenemos una triple propuesta comunitaria:

- El triduo a Claret con el tema tan querido por él: “La caridad de Cristo me urge” que haremos al inicio del cuaderno ya que comienza el 21 de octubre.
- Una adoración Eucarística (para esta adoración se puede leer algún párrafo de la dimensión de alabar de este cuaderno, se sugiere el nº 3: “La Profesión religiosa como Consagración”).
- Una celebración comunitaria penitencial, (bien asistiendo a la Parroquia, bien haciendo una reparación fraterna más cuidada en comunidad).

## **7. COMPÁS DE FIN DE CUADERNO**

Hemos llegado al final del séptimo cuaderno; es momento de medir nuestras obras con el compás del Evangelio para ver si se van “acompañando”:

- ¿Percibes que la Eucaristía de cada día te ayuda a enraizarte más en la Consagración del Cuerpo de Cristo y sus miembros por medio del Espíritu y la Palabra?
- ¿Has sentido algún progreso en tu vivencia de la reconciliación? ¿Qué indicadores de este progreso puedes señalar?
- ¿Te va ayudado en este camino de ir pasando del egocentrismo a la oblatividad? ¿Cómo lo puedes “medir”?



